



**Eduard Soler i Lecha**

*Investigador sénior, CIDOB*

La de Estambul ha sido una candidatura perseverante. Hasta en cinco ocasiones se ha postulado para organizar los juegos de verano y ha llegado a ser finalista en el proceso de selección para las olimpiadas de 2000, 2008 y 2020. Este empeño forma parte de una estrategia de consolidación de Estambul como ciudad global y de posicionamiento de Turquía como una potencia ascendente. A todo ello conviene añadir un factor de alto contenido simbólico: hasta ahora, los juegos olímpicos nunca se han celebrado en un país de mayoría musulmana.

Todos y cada uno de estos argumentos se han puesto sobre la mesa cada vez que Estambul ha presentado su candidatura. No obstante, ni la majestuosidad de la antigua capital imperial, ni el hecho que sea una ciudad a caballo de dos continentes, ni el crecimiento económico que Turquía ha experimentado durante la última década, han sido elementos suficientes para convencer al jurado de que Estambul era la mejor opción.

Estambul casi lo consiguió para los juegos de 2020. En la votación que se produjo en Buenos Aires el 7 de septiembre de 2013 superó ampliamente a la tercera posicionada, Madrid. Sin embargo, la derrota respecto a Tokio fue clara (60 votos respecto a 36). La expectación en Estambul era máxima y la manera cómo encajó la derrota el entonces primer ministro, Recep Tayyip Erdogan, habla por sí misma. El actual presidente y antiguo alcalde de la ciudad calificó la decisión de injusta y acusó al jurado de haber dado la espalda al mundo musulmán.

Hasan Arat, el entonces presidente de la candidatura olímpica, explicaba en un artículo publicado en la revista *Turkish Policy Quarterly*, que su estrategia no era tanto la de explicar por qué Estambul era la mejor candidata sino por qué lo era en ese momento. No obstante, el calendario no jugó precisamente a favor de los intereses de la candidatura Estambul 2020. Hacía sólo cuatro meses de las masivas protestas contra una operación urbanística en el parque Gezi que acabó derivando en un ciclo de movilizaciones antigubernamentales, duramente reprimidas y que el Gobierno turco presentó como una gran conspiración con

ramificaciones internacionales. A esto cabe añadir una situación en Oriente Medio cada vez más tensa y con consecuencias para Turquía cada vez más visibles en forma de refugiados así como de crisis bilaterales con varios gobiernos de la región. Tanto la crispación política y social como la proximidad del conflicto en Siria jugaron en su contra.

En la elección de la ciudad que acogerá unos juegos olímpicos pesan muchos factores y, paradójicamente, el deportivo no es el más relevante. Es una decisión política, económica y simbólica en la que también pesan temas culturales y de seguridad. Aunque el hecho de haber llegado a finalista pueda servir de consuelo, tantos fracasos acumulados obligan a reflexionar sobre qué factores están lastrando la posibilidad de que Estambul acoja y organice unos juegos olímpicos.

Un primer factor –no exclusivo de Turquía– son las dudas sobre las economías emergentes. Durante los últimos años, Turquía se había esforzado para asociarse al club de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y por presentarse como un miembro activo del llamado Sur global. El hecho que Beijing y Río de Janeiro hubieran sido previamente seleccionadas para organizar los juegos de 2008 y 2016, respectivamente, parecía indicar que incluir el concepto de *emergente* era una buena carta de presentación. No obstante, el hecho de que muchas de estas economías –entre ellas, la brasileña– hayan entrado recientemente en crisis o la constante especulación sobre la sostenibilidad del modelo económico chino, obliga a cambiar de estrategia a partir de ahora.

El segundo factor es la inseguridad. La última vez que Turquía presentó su candidatura, la seguridad ya fue uno de los puntos negativos. Aun así, todavía estaba en vigor el alto al fuego del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) y se habían iniciado negociaciones entre este grupo y los servicios de inteligencia turcos. Siria estaba en guerra, pero Turquía parecía contener el problema en su frontera y la amenaza de la organización Estado Islámico se veía como algo secundario. Ambos factores, sin embargo, han cambiado. Por un lado, del proceso de paz con el PKK se ha pasado a uno de los peores ciclos de violencia en décadas y la violencia se ha trasladado de las montañas a las ciudades; por el otro, la organización Estado Islámico se ha convertido en una amenaza global y tiene a Turquía entre sus objetivos. Los atentados que Turquía ha sufrido en el último año son un duro golpe para el turismo y para la estrategia de convertir Estambul en un punto de encuentro para grandes acontecimientos de negocios, académicos y deportivos.

El tercer factor es la falta de apoyos internacionales o, mejor dicho, el creciente número de países que se han enemistado con Turquía. Quien fuera primer ministro y ministro de Exteriores, Ahmet Davutoglu, diseñó la doctrina de «cero problemas con los vecinos», pero en la práctica Ankara ha tenido que hacer frente a distintas crisis diplomáticas con Egipto, Siria, Israel y Rusia, que se han añadido a las difíciles relaciones con Armenia y Chipre. Es interesante recordar que un año después del voto en Buenos Aires sobre la candidatura olímpica, Turquía sufrió otro revés al no ser seleccionada como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Entonces se especuló que algunos estados con los que Turquía tenía relaciones difíciles habían

llevado a cabo una contraofensiva diplomática para reforzar a los candidatos alternativos. No sería de extrañar que algo parecido hubiera pasado con los juegos olímpicos.

Estambul se merece organizar unos juegos olímpicos, pero, sin consolidación económica, sin estabilidad y sin reconciliación con viejos o nuevos enemigos, esta ciudad seguirá siendo una eterna candidata.

